

## Queratocono

Imagino más allá del cristal. No soy claustrofóbico, pero las estrechas paredes del consultorio me hacen sentir presión en el pecho. El asiento es cómodo; mis pies apenas rozan el suelo. Estoy profundamente aburrido. Esta visita al oftalmólogo debió haberse postergado. Mercedes canceló nuestra cita así que me quedé sin plan de fin de semana. En vez de dormir hasta mediodía decidí atender mi salud. Tengo cuernos en los ojos. Sobre mi rodilla descansa un libro indescifrable. Las letras de la portada se difuminan sin cesar. La doctora se ha llevado mis lentes para calibrarlos.

Ella emerge del cristal. Sus manos están detrás de la espalda. Eso aún puedo distinguir.

—Ha habido ciertas complicaciones...

Su rostro comienza a hacerse más lejano. Reitera incesantemente lo apenada que está y afirma que todos los gastos correrán por cuenta de la óptica. Sus palabras me laceran al afirmarme que en una semana podré volver a ver. Extiende sus brazos y en el cuenco de sus dedos yacen mis lentes deshechos. Ya antes el pegamento o la cinta adhesiva han sido mis aliados en tan incómoda situación, sin importar el ridículo aspecto de un par de gafas mal reparadas. Pero lo que ella me entrega no tiene remedio. ¿Ira, para qué? Ya cuando esté lejos, en camino o en casa, se me ocurrirán toda clase de argumentos irrefutables, de portentosos insultos, que sólo servirán para alimentar aún más mi turbación. Juntos cruzamos el cristal, hacia la masiva tienda con infinitas exhibiciones de ojos sustitutos. La doctora saluda al siguiente paciente y me deja solo. Aviento el polvo que queda de mis lentes sobre un mostrador. El vigilante me abre la puerta y sonrío de forma extraña, en espirales. El aire aúlla en las calles de la Ciudad de México. Tengo que encarar mi mundo a

oscuras, plagado de espejismos y perversas ilusiones. Mi mundo nebuloso y fugitivo.

Soy del sur, pero por ahora tengo que ir hacia el norte. El iris se extiende hasta los edificios, las mujeres y los árboles. Exhausto, retorna con el tesoro incompleto. Mi frente se derrumba sobre las cejas constreñidas. Sueño la luz y la oscuridad mientras que mi piel envejece. Un potente dolor de cabeza me hace tropezar constantemente. Es hacia la izquierda. Definitivamente. Hacia la izquierda... ¿O, acaso la derecha? Debí estudiar mejor los mapas. La Avenida Insurgentes se revela en pinceladas sin orden aparente. Me detengo al sentir el aroma a sangre y fresas de la luz roja del semáforo. Una viejecita junto a mí espera a cruzar la calle. Ella suspira y todas sus penas, un río de piedras grises, emerge de su cabello plata y asciende. Lluve angustia. Suspira la tierra y las corrientes aparecen. Nuevamente ríos. Recuerdo las tardes de lluvia en San Cristóbal, esperando a mi mamá afuera de su consultorio. Construía mis barquitos de papel y los soltaba en el canal. Podía llegar a gastarme hasta un paquete de hojas entero. Pero mis creaciones siempre se hundían. La papiroflexia y yo tenemos una relación complicada.

Estoy rodeado de nubes. Puedo palpar su color naranja. He llegado a Mixcoac. Respiro hondo cuando de súbito pierdo control de mi cuerpo: mis piernas y brazos se mueven por su cuenta. Algo ha invadido mi sombra y me agita como si fuera una marioneta. Me tropiezo con una banca y de inmediato soy estrangulado por una fuerza escurridiza. Una serpiente jade me encara. Su lengua fría registra mi cara. Simultáneamente, siento el mismo cosquilleo en el tobillo. Mi captora tiene dos cabezas y ninguna cola. Es una anfisbena. Cuatro ojos me leen: turquesa, ébano, ámbar y cuarzo.

—¿Quién eres? —preguntan ambas voces de hojarasca al unísono.

—Tengo cuernos en los ojos.

—¿Dónde están los de tu sangre? —ambas cabezas registran milimétricamente mi

cuerpo.

—Me he perdido y no sé cómo volver a ellos.

— Eso se debe a ti solamente. Si dejas de creer, dejarás de saber.

—En verdad quiero encontrarlos.

—Nosotros nacimos de la espina dorsal de una doncella embarazada que murió en batalla. Siglos de putrefacción duró nuestra metamorfosis. El hueso se convirtió en escama y nuestro instinto al nacer fue escuchar. Pronto descubrimos el llanto de tres niños abandonados. Seguimos nuestro instinto y nos dirigimos hacia el sufrimiento. Pero llegamos demasiado tarde. Entonces advertimos a otros tres niños abandonados y aquella vez sí pudimos salvarlos. No hemos dejado de movernos desde entonces. El mundo ha estado horrorizado desde que ustedes humanos aparecieron. Sin embargo, nadie pone atención al decaimiento.

— ¿Y desde que nacieron no han deseado otra cosa? ¿Guiarse distinto?

—Nuestro sendero no se bifurca. No te comprendemos. Nuestros ojos penetran cada relieve de la selva. Después viene un desierto. Y luego una montaña. Y al final, ultramar.

— ¿Saben a dónde ir?

—Sí.

Ellas me liberan y escapo. Un aroma a pan dulce me da ánimos. Mi estómago me ayuda en la carrera. Pero me he perdido en un páramo de puestos de comida abandonados. La desolación se extiende bajo tierra, más allá de los abismos de Barranca del Muerto. Una peste quema lentamente mi piel. Tropiezo con mi propia sombra y giro sin control hasta aterrizar en un pantano de comida. Escucho el movimiento de la basura y una grotesca y gorda criatura emerge. Bosteza con su hocico colosal y su aliento corroe el metal. Majestuosa en su peste, se revuelca entre ajolotes y me cierra el paso. Su cabeza, de tan

aberrante, pesa tanto que no puede mantenerla erguida. Sus pupilas rojas son reflejo de las mías.

— ¿Quién eres? —pregunta una voz chiclosa.

—Un topo.

— ¿Por qué no yaces en mi ciénaga, muerto? ¿Cómo has sobrevivido a mi faz? ¡Ni siquiera la ceguera puede protegerte de mí! Yo soy un catoblepas, el monstruo más feo de la existencia. Mi rostro es tan grotesco que te hará alucinar hasta que tu corazón se detenga. ¡Aun si te atreves a siquiera imaginarlo! Yo procreo con las ventanas cerradas —se torna furioso y su peste empeora.

—Estoy perdido pero buscando.

— ¿Y qué con eso? ¡¿Pretendes entender los designios del tiempo y hallar tu destino?! ¡Si tan sólo puedes deambular en esta corrupción y pretender escapar! No se puede estar perdido o hallado cuando la incertidumbre es la única ley. ¿Acaso no hueles? ¡Ya hay señales de descomposición dentro de ti! Sigue en tus ilusiones y se devorado por la tierra envenenada que juraste amar.

— La corrupción puede resistirse.

— Claro, y en tu propia historia hay tantos ejemplos de ello —su risa retumba y provoca un terremoto—. ¿Sabías que soy músico? Uso mis labios como un trombón para crear oleaje en el pantano. Admiro el respirar de las criaturas, tanto pretencioso como esperanzado. Los sapos y las mariposas son fascinantes. Su capacidad de amor y cólera alcanza una intensidad peligrosa para la cordura. Las mariposas cubren a los sapos con sus alas, besándoles y sofocándoles en coordinadas danzas. Los sapos disfrutan del éxtasis sin siquiera darse cuenta que su veneno mata a sus amantes asesinas. La carnicería entre sapos y mariposas es capaz de acabar con toda vida a su alrededor. Es entonces cuando yo me

apodero de la basura dejada atrás. Nadie perturba mi soledad. Tú eres el primero.

— ¿Puedo escuchar una canción de amor y cólera?

—Innumerables lunas he devorado mi cuerpo casi por completo sin darme cuenta. Cuando estoy a punto de terminar el festín me vomito violentamente. Mis restos se extienden por el agua hasta alcanzar horizontes donde la vida existe. Mi peste a ira siempre atrae de nuevo a los estúpidos sapos, desesperados por escuchar la canción de amor y cólera que mató a sus antepasados. Soy vuelto a armar. Cuando los constructores colocan la última arruga de mi rostro, mueren en agonía. Sus cadáveres brillantes han de atraer una vez más a las mariposas.

— ¿Sabe a dónde ir?

El catoblepas se esfuerza en levantar el cuello y me encara, indiferente, sin responder.

El monstruo vuelve a su letargo y el oleaje que ocasiona me empuja contra una montaña de basura la cual puedo escalar. Las ratas me conducen a las vías del metro. Curiosamente amigables, me muestran una cueva lateral donde puedo guarecerme sin ser aplastado. Espero pacientemente a que los sonidos se revelen. Salto con el instinto en las manos y aterrizo en el último vagón rumbo al norte. El viaje termina en una estación con símbolos rojos. Salgo a la superficie, donde espíritus cantantes ascienden hacia la Villa de Guadalupe con la algarabía de mil guitarras. Me uno a las multitudes. Quizás desde las alturas pueda olfatear mi regreso a casa. Pero para llegar a la cima uno debe cruzar un laberinto de comercios. Una y otra vez soy engañado por puestos de imágenes religiosas. Cansado y desesperado, me dejo caer al borde del camino. Después de un largo tiempo, mientras vago en mis delirios, escucho a una mujer de obsidiana y enlutada, tan alta como un pino, caminar grácilmente entre las ilusiones del laberinto. Con el rabillo de un ojo ella nota mi presencia y me encara con su sincera tristeza.

Diego Suárez Rojas

— ¿Quién eres? —pregunta no una voz, sino una fragancia.

— Un don nadie.

—Podrías convertirte en la memoria que busco para mi futuro. Estoy cansada de mirar hacia atrás con el alma herida, volviendo a revivir las causas y consecuencias de traumas tan antiguos. Cierra los ojos e inventa una nueva piel. ¿Listo?

—Yo no puedo ser eso nuevo que usted busca. ¡Yo mismo he dejado de buscarme! Quizás si dejo de moverme...

—Oh, pobre criatura. ¡Tan asustada de estallar! De por si andabas perdido... Si tan sólo confiaras en la tragedia por un instante. Pues vivir se trata de reír y llorar, de aprender y olvidar.

—Todo está perdido.

—Y aun así el mundo ha de continuar. ¿Por qué cubres los delirios de tu cobardía con una falsa y arrogante desesperanza? Alguna vez, hace muchos siglos, supiste que la primera vez que nuestras manos se tocaron yo era tuya y tú eras mío. Entonces no tuviste miedo de morir una tercera vez. ¡Porque *nosotros* éramos! El acto de amar, después de tanto tiempo, lo mantienes críptico a la fuerza. Sé que eres consciente e indiferente, solitario y no solidario. Niegas el potencial de tu especie, las infinitas fantasías de tu genio. Y aun así heme aquí, siempre dispuesta a perdonarte si de una vez por todas aceptas tu locura.

—No entiendo... ¿De qué habla?

—Y con ese reconocimiento me condenas nuevamente al abandono. Qué fácil, monstruo con cuernos, matas a tus memorias.

— ¿Sabe a dónde ir?

—No.

No puedo vencer al laberinto. Vago fuera del Museo del Ferrocarrilero, atendiendo a los suspiros de las máquinas extinguidas. El humo se fusiona al horizonte, esa línea hostil y siempre lejana que se burla de mis pasos. De improvisto motivado por la sorna, corro hacia la esquina y veo hacia ambos lados de la calle sin oler. A medio cruce una bocina quiebra mi tórax. El dolor termina tan pronto me sumerjo en el pavimento. El hueso y el metal se reverencian. Se abre la puerta del conductor y un grito se desgarran en millones de gritos. Acaso ella me conozca. Acaso, hace no mucho, nos quisimos.

Mi papá quiso conseguirme una cura. Algo de frustración había en su silencio. Me gustaría decirle cómo es que veo con mis primeros y únicos ojos. Todo objeto posee un perímetro en movimiento, como si estuviera cubierto de cristal de arena. El mundo se revela ante mí intermitentemente, generando dos reflexiones más de sí mismo, incompletas. Este juego geométrico de triángulos puede en un instante volverse un caos, creando una arquitectura de fractales y un taladrante dolor de cabeza. Las luces siempre estallan. Jamás se quedan quietas. Se vuelven una y de inmediato miles. Los doctores dicen que tales efectos se deben a mi queratocono. Espero que esa no sea la razón.